

Buenas noches, autoridades, reina de la fiesta y corte de honor, vecinos, familiares, amigos...

Realmente, es un honor ocupar este espacio que hoy me toca ante ustedes y también una enorme responsabilidad, por intentar estar a la altura de lo que nuestra Fiesta de Arte y ustedes merecen.

Supongo que en todo lo que uno pueda hacer o decir, de fondo está siempre, simplemente, quien uno es, lo que a uno de verdad le importa, los fundamentos y anhelos que lo sostienen y que quiere desarrollar.

Y a mí, como se ha visto en mi presentación, lo que más me interesa es el arte en la palabra, la literatura. Y, desde ella, su aplicación social y útil a la comunidad: la educación. La educación como soporte esencial, por lo que tiene de constructivo, de emancipador, de generador de amplitudes mentales y emocionales de lo humano. A eso me he dedicado siempre, desde la firme y alegre creencia de que es algo que de verdad merece atención.

Y bien, desde la importancia que le doy a este lugar como mantenedora, creo que no podría hablarles de otra cosa que no sea de la que más conozco y en la que me he desarrollado. Así que sobre eso, sobre educación, y sobre la impronta fundamental que imprime en ella el lugar en el que uno crece, en este caso Tejina, es sobre lo que se desarrollará este texto que he preparado con todo el cariño y la seriedad que he podido para ustedes y mi pueblo.

#### UNA ESCUELA COMÚN

Pedro García Cabrera, artista gomero y universal, en su ensayo *El hombre en función del paisaje* aseguraba: "El medio imprime al hombre un símbolo primario, un determinado modo de ser. Símbolo primo que irá arrastrando a lo largo de toda su vida".

Así creo que es. Pueden compartir las mismas ideas, valores y sueños, por supuesto, los isleños y los continentales, los rurales y los urbanos... Pero no comparten unos mismos símbolos primarios. ¿Y cuáles son los nuestros? ¿Cuál es ese sustrato simbólico y, por ello, cargado de significación profunda, que todos los que estamos ahora aquí compartimos?

Como isleños, seguro, el azul perpetuo de horizonte, cielo y mar, en todas sus variables; la tierra volcánica, con su aridez o fertilidad en valles y montañas, o el doble signo de aislamiento y comunicación, física y mental, del mar y los puertos. Como rurales, el trabajo de la tierra, el patio de las abuelas, el sonido del viento, de nuevo el mar, siempre a la vista al final de cada calle.... Y como tejineros, seguramente, la permanente presencia de la Atalaya, el bravo oleaje del

Roncador, la plaza abarrotada, el porte imponente de los Corazones, la magia del *Auto...* Y, siempre, siempre, entretejiendo cualquier actividad, el trabajo comunitario.

Seamos más o menos conscientes de ello, igualmente compartimos un relato colectivo (las historias que escuchamos), un banda sonora colectiva (la música de las Bandas, de la entrada de los Reyes a la plaza, el barullo continuo en el Ramal), una imaginería colectiva (las imágenes del templo, los laureles de indias, el entresijado descuido del trazado de calles), una serie de olores inspiradores (el incienso, el romanillo, el olor característico de Jóver, la maresía nocturna que sube al pueblo en los días revueltos), los sabores que nos alimentaron (la leche y gofio humeando en el tazón), un modo de hablarnos, un modo de tratarnos (en agosto, especialmente puntilloso...).

Elemento a elemento, se ha ido creando un amalgama profundo e intangible en nuestro ser que nos conecta entre nosotros, que nos hace formar-parte-de, vinculándonos en nuestro presente y que nos vincula también a nuestros ancestros. Porque, más allá de los cambios radicales con los que el tiempo ha sometido a este entorno, los que hemos crecido aquí, antes y ahora, lo hicimos acompañados por esa serie de elementos esenciales.

Esa, pues, es nuestra impronta. Aquellos símbolos primarios a los que aludía el poeta. Los cimientos sobre los que fuimos construyendo, después, complejas edificaciones personales, familiares y sociales. Esas coordenadas, más allá de la personalidad y de las inquietudes de cada quien nos fue, sin duda, moldeando, haciéndonos crecer y, aunque no siempre lo veamos o creamos, fue también haciéndonos pensar y actuar de una determinada manera. En definitiva, nos fue instruyendo en una escuela común.

Entonces, ¿cómo nos ha educado Tejina? ¿Cuánto de ella hay en nosotros? Creo que mucho.

En lo personal –creo que esto es extensivo a todos– Tejina nos aportó una infancia de tiempos lentos, con familia extensa: abuelos, primos, tíos, vecinos en muchos casos...; también nos brindó tierra y árboles donde jugar, donde compartir la conversación; nos marcó los ciclos con rituales anuales señalados: Semana Santa, agosto, Navidad; nos enmarcó la historia personal en una naturaleza visible y tangible: el barranco, la montaña, el mar, los pájaros...

Repito: tiempos lentos, familia extensa, rituales anuales, naturaleza... No es esa la dirección que van tomando nuestros días. Pero sí es esa la base natural y sólida que biológicamente precisa el ser humano para construirse en salud. Hacer consciente el vigor y la vitalidad de la fuente en que bebimos, nos ayuda a valorar, a agradecer y, también, a tratar de aportar lo mismo a los nuevos niños y niñas que van llegando.

Y, si mantenemos ese símil de Tejina como madre que educa, que nos conforma el esqueleto vital de la infancia, tenemos que seguir creciendo y llegar al periodo crítico, y también fértil, de

la adolescencia. De la puesta en cuestión, a veces, incluso, de la negación de la madre. Es un punto más del desarrollo que, hay que decir también, a menudo acaba recorriendo el camino de vuelta a casa. No sé si ustedes transitaron por ahí, pero ese es mi caso.

Normalmente, cuando uno empieza a salir de estas lindes, de repente, tu procedencia cobra un peso radical, parece que te robe identidad, pasas de ser, en mi caso Nydia, a ser “la tejinera”. Recuerdo, por ejemplo, mi COU en el Cabrera Pinto nocturno, donde había muchos estudiantes de toda esta comarca, de Bajamar, de La Punta, de Valle Guerra, de Pedro Álvarez. Todos, lógicamente, tenían su nombre, solo una compañera y yo perdimos el nuestro, y pasamos a ser “las tejineras”. Al conocer a gente, casi lo primero, al saber simplemente dónde estaba tu casa, a menudo, surgía el repetido repertorio de comentarios socarrones: “Ah, los independentistas, ¿ya consiguieron ejército propio?”, “Ah, Tejina: una, grande y libre..., bien les gusta a ustedes una bandera española”, “¿De Tejina? Ah..., mira, mira, los pelos como escarpas con mi Corazón”. Recuerdo también, estudiando en Salamanca, ir cruzando la plaza mayor, tan castiza, tan castellana esa plaza, y oír el grito deslocalizado de un desconocido: “¡Tejineraaa...!”. Aun hoy, ya bien pasada esa adolescencia identitaria, en mi centro de trabajo, donde mis compañeros son en su mayoría extranjeros, con nombres bien difíciles de pronunciar, para algunos, el mío continúa siendo “la tejinera”.

Nunca he entendido bien por qué pasa eso, qué tiene Tejina para que pase eso. Siempre me pregunté por qué, y no siempre me dio igual. Repensé mucho mi pueblo entonces, sus luces y sus sombras..., y llegó a molestarme un poco ese peso. Y entonces corregía: “Tejinerera no, de Tejina”. “Ah, bueno, es lo mismo”, me decían. “No —rectificaba yo—, el retintín es diferente”.

La verdad es que me sigue interesando saber a qué se debe eso, cuál es la razón de esa percepción externa sobre la gente de aquí que, muchas veces, es muy positiva, es verdad; pero que, otras, pues no lo es tanto. En todo caso, lo que casi nunca es es neutra. Por lo que sea, ser de Tejina marca.

Tengo mis hipótesis. Una de ellas es que, quizás, se deba una identificación equivocada entre lo que significa “ser pueblerino” y “ser de pueblo”. Ser pueblerino poco tiene que ver con dónde hayas nacido sino, más bien, con cuánto de estrechas sean tus miras. Ser de pueblo es otra cosa, ser de pueblo implica la fortuna de haber nacido en un territorio con ritmos afines a lo humano.

Lo cierto es que una vez pasada esa que llamo “simbólica adolescencia identitaria”, hoy vuelvo —hace ya mucho, en realidad, que he vuelto— a mis símbolos primarios, a nuestros símbolos primarios, a nuestro relato colectivo, a nuestro aire... para valorarlos tremendamente. Porque realmente creo, y firmemente además, que Tejina ha sido una buena madre y una gran maestra.

¿Por qué lo creo así? Además del entorno físico, afortunado, del que vengo hablando y de todo lo que eso enriquece el desarrollo, está también el entorno abstracto de lo mental y lo emocional, de lo que tiene que ver con un modo de entender y sentir la vida.

En cuanto eso, a esta particular idiosincrasia del pueblo de Tejina, la antropóloga de la Universidad de La Laguna, Greycy Pérez Amores, comenta en una de sus publicaciones al respecto:

¿Qué hace del ritual de los Corazones un documento antropológico importante? Nadie que haya presenciado una vez la Fiesta de los Corazones ha podido quedar indiferente. No se trata ya de la belleza incuestionable de la Ofrenda, cuya escala y factura sorprende, o de la bestialidad del descuelgue, como dicen las señoras mayores, ni siquiera del largo de su calendario festivo. Lo que realmente deja atónito al recién llegado es la sensación de estar fuera de sitio, presenciando un acto al que no ha sido invitado, de estar de espectador ante un acontecimiento en el que no solo no podrá participar, sino que no alcanza a comprender. La unidad de esta comunidad incluso desde la aparente lucha entre las calles [...] se percibe en la presencia poderosa de la identidad local.

Y, ¿cómo se ha ido construyendo esa singular identidad local? Pienso que mucho tiene que ver con los referentes. Nuestra naturaleza social nos hace imitadores natos, y ya lo decían los clásicos, Séneca, por ejemplo: “Largo es el camino de la enseñanza por medio de teorías, breve y eficaz por medio de ejemplos”. Realmente, es muy estimulante, muy educativa, la admiración que un niño o un joven siente cuando entiende que está frente a un modelo a seguir, un referente inspirador en quien fijarse y apoyar su crecimiento. Y lo cierto es que Tejina es asombrosamente fértil creando, criando, personas referentes.

En nuestro pueblo, muchísimos son referentes humildes, casi anónimos para la mayoría, los abuelos y abuelas de cada quien, por ejemplo. Y a otros muchos, tengamos la edad que tengamos, los conocemos todos, y casi todos los honramos, como bajando el gesto ante el reconocimiento de su labor altruista, desinteresada, solidaria, sobre todo, en lo que tiene que ver con lo económico y con lo cultural.

En los tiempos difíciles, no tan lejanos, personas con ventas “matando hambre” consintiendo fiados como —permítanme la licencia aquí de recordar a un familiar— Blanquita la del Ramal; las hermanas parteras Magdalena y María Remedios, madres de sus hijos y de los hijos de tantos; analfabetos o casi analfabetos donando hasta lo que les faltaba para posibilitarle a sus nietos un instituto, una gesta que relató en su libro nuestro querido Pascual, otro referente por su bondad y sus inquietudes culturales; las familias que fundaron la Cooperativa, que llegó a desarrollar extraordinariamente la comarca; la iniciativa individual de construir un teatro con la factura y elegancia que tuvo antaño este espacio; Antoñita, donando su tierra para la construcción de uno

de los colegios, donando tiempo y conocimiento en todo lo cultural que apoyó. Juan, Lucrecia y María de los Ángeles, con la Academia Juan XXIII, ofreciendo a deshoras su saber y su tiempo para posibilitar que la cultura fuera también patrimonio de los humildes; Salvador, a quien hoy especialmente recordamos...

O ahora, en tiempos más ligeros, la Asociación Reyes Magos de Tejina y todos sus colaboradores —bien sobre un camello, bien sobre un andamio— con su incansable trabajo año, tras año y tras año; la Asociación Corazones de Tejina, a quien, entre muchas cosas, le debemos la peculiaridad de que uno de los 100 espejos primarios del Gran Telescopio de Canarias (el Grantecan) lleve el nombre nuestros Corazones; Fuentes de Tejina, con su encomiable trabajo de investigación histórica; la Asociación Solidaria de Corazón con sus proyectos de cooperación internacional en Senegal, a quienes apoya la Compañía Pieles con la recaudación íntegra del concierto de fin de curso de la Escuela Canaria de Percusión... Y tanta tanta, gente que no puedo citar aquí y que nos ha ido haciendo creer que es lo normal, lo natural, invertir dinero, tiempo y en ocasiones, hasta la salud, a favor de un bien común.

Todos los presentes nos hemos criado escuchando esas historias o presenciando ese trabajo. Y lo tenemos normalizado. Pero, en realidad, esa manera de hacer, de comprometerse, de vincularse es algo que reta y que se coloca diametralmente en frente de los contravalores de este tiempo: el individualismo, la promoción del ego, el aislamiento, la mediocridad...

En gran parte, uno toma conciencia de lo propio en la interrelación con lo externo. Durante una etapa trabajé en Gran Canaria para Radio ECCA, en educación de adultos. Ese periodo coincidió con mi participación en una comisión de fiestas, la del 2009. Allí, conecté bien con una compañera que siempre estaba armando planes para disfrutar de la ciudad de Las Palmas, pero yo casi nunca podía seguirla porque me venía a Tejina prácticamente todos los fines de semana para reunirme con la comisión.

A esta amiga eso le llamaba muchísimo la atención, y a mí me llamaba la atención que a ella se la llamara tanto. Me hacía mil preguntas y le sorprendían las respuestas. Primero dio por hecho que se trataba de un segundo trabajo, le expliqué que no, que era una actividad voluntaria y no remunerada. Me comentó entonces que qué exigente era esa ONG, le expliqué que tampoco, que simplemente era una responsabilidad adquirida a favor del pueblo. Entonces me empezó a mirar como si yo fuera una prócer comprometida con lo popular, y le dije también que no, que no era cosa mía, que muchas personas se comprometían bastante más, y que prácticamente todo el mundo se responsabilizaba siempre con algo, a veces puntualmente y, muchas otras veces, durante toda una vida. Ella no acababa de entender el porqué ni el para qué. “Pero qué

reciben a cambio —insistía—, ¿al menos les sirve para el currículum? ¿Cómo que lo hacen así porque sí?”. “Pues sí, así porque sí —le contestaba ya reflexionando yo también—, supongo que sea porque es algo que hemos visto hacer desde siempre...”.

La extrañeza de esta amiga (una persona capitalina, criada con otro tipo de referentes, en un sentido muy ricos y en otro, más individualizantes) es una simple anécdota sobre la mirada de lo propio en el espejo de lo externo. Pero creo que sirve para ejemplificar la idea que vengo tratando de desarrollar. Ese modo nuestro de hacer, que por su puesto nada tiene que ver con el esfuerzo de nuestros mayores al que aludí antes, se vincula sin embargo con ellos en un sustrato común: en Tejina, hemos crecido viendo como natural, como algo se da casi espontáneamente, el trabajo comunitario.

Por supuesto, esto pasa también en otras localidades, especialmente en barrios y en pueblos relativamente alejados del centro municipal en los que la gente acaba tomando lo colectivo como propio. Asumir esa cota elevada de autogestión es común a otros lugares, pero no es *lo común*. Y la inercia de los tiempos lleva a que cada vez lo sea menos. Sin embargo, Tejina es uno de esos lugares en los que se da, y se da mucho e intensamente. Y, quizá, lo más valioso, porque va a contracorriente, sea que esas maneras se siguen proyectando sobre las generaciones más jóvenes.

No deja de ser curioso en esta época en la que hay hoteles sin niños, restaurantes sin niños, en la que ciertos ámbitos apuntan casi a una “niñofobia” social, que en Tejina, los niños, las niñas sean protagonistas en un sinfín de dinámicas sociales en las que casi todo tiene bien su réplica infantil o bien un espacio central para ellos. Corazones chicos, haragán, día de la bicicleta, hormiguilla, versos de los pastores en el *Auto*, Concurso de Cuentos y Narraciones, Dibujos y Cómic, profesores del San Bartolomé en un taller de tortas en Bélgica en 2006 para enseñar a otros niños lo que aquí hacían los nuestros... Todo ello da cuenta del respeto y de la importancia que aquí se le da a la infancia. Algo que pone de relieve Aleth González Cairós en un extenso trabajo que la Asociación Reyes Magos de Tejina tiene previsto publicar.

Eso es educar bien. Educar haciendo. Educar desde el ejemplo. Educar alejados de pantallas, al aire libre, con tiempo de calidad compartido. Educar significativamente. Educar intergeneracionalmente, vinculando abuelos, jóvenes y nietos. Educar desde la emoción y el vínculo. Educar en valores comunitarios. Curiosamente, por esto mismo apuestan también las nuevas teorías sobre una educación integral..., en Tejina, debían conocerlas.

Creer así, sin duda, nos liga desde chicos a nuestra Fiesta, a nuestra Navidad, crea cantera como se dice. Pero crecer así va mucho más allá de unas fechas concretas y mucho más allá de un

límite territorial delimitado. Porque las aptitudes se acaban integrando en la estructura personal y, luego, se proyectan también a otros ámbitos.

Crecer así enseña a asumir responsabilidades. Enseña a trabajar en equipo. Enseña a poner la prioridad en el fin común y no en el orgullo personal. Enseña que somos un puzle en el que todas y cada una de las diferentes piezas son indispensables. Enseña a respetar las opiniones y los ritmos de los demás. Enseña a desarrollar las capacidades propias y a valorar las ajenas. Enseña a apoyar iniciativas conjuntas... Y enseña también a algo en lo que Tejina pareciera experta, a cuidar la tradición sin que ello limite un ápice la capacidad creativa y la inventiva continua, siendo capaz de crear, por ejemplo, un acto multitudinario de exactamente 60 segundos de duración la noche del 31 de julio... En definitiva, crecer así enseña a hacer comunidad.

Acabo ya apoyándome en una reflexión general. Decía el escritor ruso Anton Chejov: "Si quieres ser universal, habla de tu aldea". Desde latitudes latinoamericanas, afirmaba también el poeta cubano de madre canaria José Martí: "Lo universal se construye localmente". Y Paulo Freire, educador y filósofo brasileño, referente internacional e inspirador de una pedagogía más democrática y solidaria continuaba ese discurso:

    Mi primer mundo fue la parte trasera de mi casa, con sus árboles frondosos casi arrodillándose en el suelo sombreado. Árboles, colores, olores, frutas que, atrayendo a diversos pájaros, se ofrecían a sus cantos. Antes de ser un ciudadano del mundo, fui, y soy, un ciudadano de mi barrio. Cuanto más enraizado estoy en mi localidad, tantas más posibilidades tengo de explayarme en el mundo. Nadie se hace local a partir de lo universal. El camino existencial es el inverso...

Efectivamente, el destino son las ramas para el árbol, no sus raíces. Se crece hacia arriba, hacia los otros; pero se crece desde abajo, desde dentro. Y, hoy, en este espacio, toca honrar esas raíces que Tejina nos aportó. Reafirmar el valor, el vigor de la savia que irriga nuestro pasado. Que es presente y es futuro también...

Hoy, toca volver a nuestros símbolos primarios, a nuestra escuela común. Nutrirnos en ellos, y seguir ampliando nuevos horizontes geográficos y humanos.

Buenas noches y felices fiestas.